

de Aberden. Sin embargo, no hubo pruebas suficientes para convencerle, segun los términos literales de la ley, de haber celebrado misa ó hecho alguna otra funcion del sacerdocio. Despues de cinco ó seis meses de prision se le puso en libertad, prohibiéndole predicar, bautizar y administrar ningun sacramento, pena de ser ahorcado sin mas formalidad de juicio. Mas por esto no dejó de volver á las montañas y de trabajar como antes, con un riesgo continuo de perder la vida, y un modo de vivir que era equivalente al martirio. Asi él como sus compañeros solian pasar todo el dia, y algunas veces muchos dias seguidos, sin comer; y luego se reducía todo su alimento á pan de cebada ó de avena, con queso y manteca salada.

14 y 15. ¡Qué servicios no hicieron tambien á la Iglesia los dignos hijos de San Vicente de Paul en las misiones de Berbería, tan honrosas al nombre cristiano, que no podemos dejar de referir por lo menos dos sucesos de grande edificacion, entre otros infinitos que es preciso pasar en silencio á causa de la brevedad que nos hemos propuesto (1)! Entre los esclavos á quienes procuraban preservar de los peligros de la apostasia, habia dos cristianos como de unos quince años, el uno francés y el otro inglés, que habian caido en poder de dos mahometanos de Tunez, cuyas casas estaban contiguas. La vecindad y la igualdad en la edad y el infortunio los unieron insensiblemente con una estrecha amistad. El francés, que

(1) *Vid. de S. Vic. de Paul. l. 2. c. 1. secc. 11.*

era un piadoso y celoso católico, inspiró al inglés algunos principios de catolicismo, y despues le instruyó á fondo un misionero, en cuyas manos abjuró los errores de su nacion. Fue su conversion tan sólida, que habiendo ido unos comerciantes ingleses á rescatar los esclavos de su país y de su religion, les declaró francamente que era católico, y que mas queria pasar la vida entre cadenas, que recobrar la libertad con perjuicio de la verdadera fe. Permaneció, pues, esclavo, y continuando en ver á su virtuoso compañero, no cesaban de animarse recíprocamente á despreciar por la fe todas las violencias que pudiesen emplearse para arrancarla de su corazon. Lo que hubiera debido admirar á los infieles, solo sirvió para llenarlos de furor, pues muchas veces llegaron sus bárbaros señores á tal extremo de brutalidad, que los molieron á golpes, dejándolos por muertos.

Hallándose un dia el francés en este estado, le visitó su amigo, el cual no pudiendo discernir si estaba vivo ó muerto, le llamó á gritos por su nombre. Lo único que pudo pronunciar, fueron estas palabras: *Soy cristiano, y lo seré mientras viva.* Al momento le besó los pies el inglés, como á un mártir. Cuando estaba dándole este testimonio de veneracion, llegaron algunos mahometanos, y muy admirados le preguntaron ¿por qué hacia aquello? „Estoy honrando (les respondió) á los miembros que acaban de padecer por Jesucristo, mi Salvador y mi Dios.” Oyendo esto los infieles, le echaron de allí llenándole de ultrages. Curado el francés, fue al cabo de algun

tiempo á visitar al inglés, y le halló tendido en una estera, y medio muerto de resultas de los golpes que habia recibido. El amo bárbaro, que acababa de ejercer su brutalidad, se hallaba todavía presente con muchos turcos. No se atemorizó el héroe cristiano, antes bien entró sin detenerse, se acercó á su amigo, y le preguntó en alta voz, ¿á quién amaba mas, á Jesucristo ó á Mahoma? Olvidando el inglés sus dolores, respondió con firmeza, que á Jesucristo: que era cristiano, y queria morir cristiano. Los infieles estaban bramando de furor contra el francés. Uno de ellos, que tenia dos cuchillos consigo, sacó uno, y empezó á perseguirle amenazándole que le habia de cortar las orejas. Le esperó el cristiano con mucho sosiego, y luego que le tuvo cerca le quitó el otro cuchillo, se cortó él mismo una oreja, y presentándosela, le preguntó si queria tambien la otra. En efecto, se la habria cortado, si no se le hubiese quitado el cuchillo. Por las felices resultas de esta accion, contraria sin duda alguna á las reglas comunes, pareció que iba dirigida por una inspiracion especial, pues el divino esfuerzo de estos dos jóvenes hizo tal impresion en los infieles, que ya no volvieron á hablarles de abandonar la fe cristiana. Uno y otro murieron el año siguiente con un mismo género de enfermedad. No quiso el Señor separar en la muerte á los que el celo por la gloria de su nombre habia unido tan íntimamente en el discurso de su vida.

16. El segundo ejemplo de edificacion, aun mas prodigioso por mas inesperado, se verificó en la ciudad

de Argel (1). Un esclavo de veintiuno á veintidos años, llamado Pedro Bourgouin, natural de Mallorca, habia renegado de la fe, por el miedo que le inspiró el bajá, amenazándole con que habia de marcarle para las galeras del Gran-Señor, de donde no hay esperanza de salir jamás. Conservaba en su corazon este desgraciado jóven los sentimientos de aprecio y de amor que habia tenido siempre con respecto á su religion; y lo declaraba así á los esclavos cristianos que le daban en rostro con su delito. En fin, llegaron á ser tan crueles los remordimientos de su conciencia, que no pudo resistir, y tomó la resolucion de reparar con el sacrificio de su vida la falta que habia cometido, aunque le horrorizaba el pensar en el tormento que habia de padecer. „Pero la fuerza del cristiano (se decia á sí mismo) está en el Señor: sus misericordias son infinitas: él me sostendrá; sobre todo, murió por mí, y es justo que yo muera por él.” Engolfado en estos pensamientos, fue á buscar al bajá, y hollando el turbante que habia recibido de él: „Tú me has seducido (le dijo) haciendo que renuncie mi religion, que es la buena y la verdadera, por la tuya que es falsa. Ahora te declaro que soy cristiano: abjuro tu creencia, y la miro con horror. No ignoro que me quitarás la vida; pero no importa: pronto estoy á sufrir todo género de tormentos por Jesucristo mi Salvador.” Enfurecido el bajá, le condenó inmediatamente á morir en el fuego. Habiendo llegado

(1) *Ibid. secc. 5.*

al lugar del suplicio, y viéndose rodeado de musulmanes, de renegados y de muchos cristianos: „viva Jesucristo (esclamó), y triunfe siempre su Religion. No hay otra en que podamos salvarnos:” y consumió su sacrificio con una constancia inalterable. El misionero que habia sostenido siempre su valor, se halló, aunque algo distante, en su martirio, y habiendo convenido antes en cierta señal, le dió la última absolucion en medio de las llamas.

17. El santo fundador de estas misiones era á un mismo tiempo su celador y director, procediendo siempre con la mayor prudencia y circunspeccion, á pesar del celo de que estaba inflamado, como lo demuestra la carta siguiente: „Haced todo el bien espiritual que sea posible (escribia á los misioneros de Argel): haced todo el bien que podais á los esclavos cristianos, sacerdotes y religiosos, valiéndoos de la suavidad y blandura, y reservando la severidad para el último recurso, no sea que los trabajos que ya padecen, y el rigor con que vosotros los trateis, los conduzcan á la desesperacion. Vuestro estado no os hace responsables de su salvacion eterna, supuesto que solo sois enviados para consolarlos, animarlos á padecer y ayudarlos á perseverar en nuestra santa Religion. No conviene empeñarse en abolir de un golpe las cosas que están en práctica entre ellos, aunque sean malas. Os suplico, pues, que en cuanto os sea posible, condescendais con la fragilidad humana. Mas habeis de adelantar con los esclavos cristianos por medio de una tierna compasion, que tratándolos

con demasiada aspereza. No les faltan luces, sino fuerza, la cual se insinúa con la uncion de las palabras y con el buen ejemplo. No digo que deban autorizarse ni permitirse sus desórdenes, sino que los remedios deben ser muy suaves en el estado en que se hallan, y que se necesita aplicarlos con mucha precaucion, atendidas las circunstancias y el perjuicio que pueden causar, no solo á vosotros, sino tambien á la obra de Dios.”

„Otro escollo teneis que evitar (continúa) en orden á los mahometanos naturales y á los renegados. En el nombre de Dios os ruego que no tengais trato con esas gentes. No os espongais á los peligros que de ahí pueden resultar, porque en tal caso os arriesgais á perderlo todo. Hariais un daño irreparable á los pobres cristianos que gimen en la esclavitud, y cerrariais para siempre la puerta que ahora teneis abierta para ir á hacer en sus personas algun servicio á Dios. Ved, pues, el gran mal que hariais, por un corto bien que quizá es solo aparente. Importa mas impedir la apostasia de una multitud de esclavos, que lograr la conversion de un renegado. Mejor médico es el que preserva del mal que el que le cura. No están á vuestro cargo las almas de los turcos ni de los renegados. Vuestra mision no los comprende á ellos, sino solamente á los cristianos cautivos.”

En cuanto á las reglas de discrecion, de condescendencia y de una prudente longanimidad, escribia el santo lo que sigue: „no conviene emprender demasiadas cosas á los principios, como hacer misiones

en los baños, é introducir entre los cautivos nuevas prácticas de devocion. Muchas veces se echan á perder las buenas obras por ir con demasiada priesa; y esto es seguir las inclinaciones naturales que trastornan el talento y la razon. Entonces se cree que se puede hacer todo el bien que se quiere, y que es tiempo oportuno para ello; pero luego se conoce el error, aunque tarde, y cuando ya no hay remedio. El bien que Dios quiere se hace casi por sí mismo, y y sin pensar en ello. Así nació nuestra congregacion, como tambien la asociacion de las señoras de la caridad, la institucion de las criadas de los pobres, el establecimiento de los niños espósitos, en una palabra, todas las obras que ahora tenemos entre manos. Por nuestra parte no hemos emprendido con designio premeditado ninguna de estas cosas; pero Dios, que queria ser servido en tal y tal ocasion, las suscitó insensiblemente por sí mismo, y se sirvió de nosotros sin que supiésemos cuál era el fin que se habia propuesto. Por tanto, abandonémonos á su Providencia, sin apresurarnos mas en el progreso de estas obras que en el principio de ellas. ¡Ah, cuánto deseo que modereis vuestro ardor, y peseis maduramente las cosas con el peso del santuario antes de resolverlas! Portaos de un modo que, por decirlo así, tenga menos de activo que de pasivo, y hará Dios por vosotros lo que todos los hombres juntos no podrian hacer sin él.”

Una prudente lentitud, pero siempre activa bajo la mano de Dios, era el carácter del celo, tan fecundo

en grandes obras, que el santo fundador de la mision inspiraba continuamente á sus discípulos, y del cual estuvo él mismo animado hasta la edad de ochenta y cinco años, sin que las enfermedades habituales, acompañadas á lo último de los mas vivos dolores, le obligasen á disminuir el trabajo ni á mitigar la austeridad con que vivia. En los dos últimos años le atormentó tanto una hinchazon de piernas, que no podia moverse sin peligro de caer en un deliquio. Sin embargo, estaba á la vista de todos los asuntos de la congregacion, de las varias misiones y de todas las obras de piedad, las cuales se hacian siempre á impulso suyo. Recibia una infinidad de cartas, y respondia á ellas por sí mismo. Enviaba personas de confianza á los lugares adonde él no podia ir; les prescribia lo que habian de hacer y decir; congregaba á sus asistentes y á los empleados de su casa, y hablaba con todos en comun, ó con cada uno en particular, segun lo exigia la prudencia. Aun hallándose en el mayor abatimiento hizo algunas veces discursos de media hora, con una energía, un órden y una elocuencia que llenaban de admiracion á cuantos le oian. Así se consumió casi insensiblemente una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia en la última edad, no cesando de brillar hasta que cesó de existir.

18. Habia diez y ocho años que se disponia tan particularmente para la muerte, que no se habia acostado ni una sola vez sin prepararse como si hubiese de morir aquella misma noche. Murió en fin, asistido

con todos los socorros de la Iglesia, á 25 de Setiembre de 1660, sin calentura, sin accidente extraordinario, sin ninguna apariencia de agonía, por un puro desfallecimiento de la naturaleza, y como una vela que se apaga cuando se consume enteramente. En efecto, se consumieron todas sus fuerzas sirviendo al divino Señor, y fue tan pacífica su muerte, que no tanto pareció que moría, como que dormía en la paz del Señor.

Luego que dejó de existir, y que su profundísima humildad no puso ningun obstáculo á la veneracion pública, los Príncipes, los prelados, las comunidades civiles, eclesiásticas y regulares, la capital y las provincias no conocieron límites en su respeto, en sus testimonios de agradecimiento, en sus panegíricos, y en sus elógios públicos y privados. Pero las obras del justo son, segun el Espíritu Santo, las que le alaban dignamente. ¿Y cuántos panegiristas de este género tiene Vicente de Paul en la institucion de un cuerpo numeroso de misioneros, de las hermanas del hospital, de la providencia, de la cruz y otras muchas? ¿En el establecimiento del hospital general de París, del asilo de los niños espósitos y de las personas dementes? ¿En el alivio y subsistencia de las provincias de Champaña, de Picardia, de Lorena y del Franco-Condado, por espacio de diez, doce y quince años casi seguidos? ¿En el fomento y direccion de todas las buenas obras de alguna importancia que se hicieron en el discurso de su larga carrera? Pero lo que le recomienda aun mas que las mismas obras, es haber

desechado constantemente la gloria que de ellas debia resultarle, reservándose solamente el trabajo. Nadie niega á San Vicente de Paul los títulos de grande hombre y de gran Santo, sino los que en su delirio impío trataron de derribarle de los altares en que la Iglesia le habia colocado ya solemnemente.

19. Por lo demás, los atentados de las sectas son, en manos de la Providencia, las armas mas á propósito para arruinarlas, ó á lo menos para confundirlas (1). Así la fanática Inglaterra llegó á avergonzarse de los excesos que habia cometido contra su Rey Carlos I, y restableció en este mismo año 1660 á Carlos II en el trono de su desgraciado padre. El joven Rey habia pasado en los países estrangeros una vida errante y fugitiva desde la funesta batalla de Worcester, en que la tiranía habia consumado su triunfo. Aun su evasion fue un furor señalado del que vela particularmente sobre la conservacion de los Reyes. Carlos habia huido de Worcester sin mas compañía que cincuenta hombres de caballería, de cuyo número era el conde de Derby. Evitado el primer peligro, se trató de hallar un asilo, en que á lo menos pudiese con mayor seguridad tomar sus medidas para huir mas léjos. Derby le dió noticia de que allí cerca habia un aldeano, llamado Penderel, hombre astuto, discreto, de mucha probidad, y que ya le habia hecho á él mismo un favor semejante. La circunstancia de ser católico romano no fue la que menos contribuyó á determinar al Rey, el cual, á pesar de que

+ favor

(1) *Revol. de Ingl. l. 10.*

todavía estaba adicto á la heregía, habia conocido por su propia esperiencia que la educacion católica inspira una fidelidad á los Soberanos, que no se encuentra en las sectas.

El conde de Derby envió á buscar á Guillermo Penderel, que acudió con su hermano Ricardo, tan fiel como el mismo Guillermo. Despidió el Rey su escolta, y se entregó á aquellos buenos aldeanos, sin ocultarles ninguna cosa. Lo primero que hicieron fue cortarle el pelo, atezarle la cara y las manos y vestirle como uno de ellos: despues de lo cual, en vez de llevarle á Boscobel, donde vivian á la entrada del condado de Schrop, fueron á ocultarle en un bosque inmediato, donde le hicieron una cabaña, en que vivió por espacio de muchos dias. Nada estaba de mas en estas precauciones, pues ya se hallaban dentro del país y en sus inmediaciones los destacamentos enviados de todas partes para perseguir al Rey; pero habiendo sobrevenido una lluvia furiosa en el parage en que se hallaba, se calmó la vivacidad de las pesquissas, y tuvo tiempo para respirar. Entretanto Ricardo Penderel fue á su casa á buscarle una almohada y unas mantas, y advirtió á una parienta suya que le llevase de comer. Muy sorprendido el Rey al verla, la hizo algunas preguntas para descubrir si Penderel la habia revelado el secreto. La probidad y la delicadeza en el modo de pensar era como hereditaria en aquella familia honrada. Sin entrar la aldeana en ninguna esplicacion que pudierá dar cuidado al Príncipe, le dió una respuesta en que se pintaba tan bien su

corazon, que no tuvo Cárlos ningun recelo, y con la leche y manteca que le llevó, tuvo una comida mas deliciosa para él, segun la necesidad en que se hallaba, que todos los banquetes de la corte. Durmió asimismo profundamente, sin embargo de que la cama no era demasiado cómoda.

Habiendo despertado, resolvió pasar al país de Gales, donde tenia caballeros de toda su confianza para ver si podria suscitar una revolucion en la ciudad de Londres. Sus huéspedes le dieron noticia de que en la orilla del Saverna, por donde habia de pasar, habia un hombre seguro que le tendria oculto en su casa hasta que pudiese ponerse á la otra parte del rio. La noche siguiente marchó el Rey á pie con Ricardo Penderel, que quiso servirle de guia. No habia que andar mas que dos leguas; pero la noche estaba sumamente oscura, y era preciso pasar un arroyo en que no habia mas puente que el de un molino que se cerraba de noche con una barrera. Empeñados en quitar este tropiezo, acudió el molinero al ruido, gritando: *Detente*. Al momento se retiró de allí Ricardo, pasó por medio del arroyo, y el Rey le siguió casi sin verle, guiándose por el ruido que hacia dentro del agua. El molinero no se atrevió á esponerse, en medio de la oscuridad, con unas gentes tan determinadas, y pasaron sin tropiezo el arroyo; pero nada adelantaron con esto, porque las orillas del Saverna estaban tan llenas de soldados, que Ricardo disuadió al Príncipe de que intentase un paso tan peligroso. No hubo mas recurso que volver á Boscobel, desde